

Desigualdades mundiales ante el proceso de envejecimiento demográfico

ALFREDO ALFAGEME CHAO
UNIVERSITAT JAUME I

Resumen

El objetivo de este trabajo es analizar brevemente el proceso de envejecimiento demográfico desde una perspectiva mundial, prestando especial atención a las desigualdades sociales que lo atraviesan. Trazamos un marco analítico para comprender que tanto las cifras de población por edades como el significado de estas cifras y sus consecuencias sociales dependen siempre de otros factores. Ilustramos el análisis con datos relativos a distintos países y zonas del mundo. Prestamos también atención a las desigualdades que se producen dentro de las sociedades ricas, en las que el envejecimiento demográfico es más acentuado. Concluimos con algunas consideraciones sobre los posibles efectos de las migraciones económicas sobre la estructura poblacional de los países.

Palabras clave: Envejecimiento demográfico, desigualdad social, perspectiva mundial.

Abstract

The aim of this study is to make a brief analysis of the demographic ageing process from a worldwide perspective, paying particular attention to the social inequalities accompanying it. We establish an analytical framework in order to understand that both the population figures by age and the meaning of these figures and their social consequences always depend on other factors. We illustrate the analysis with data concerning different countries and areas of the world. We also pay attention to the inequalities found in rich societies, where demographic ageing is more marked. In conclusion, we make some considerations of the possible effects that economic migration has on the population structure of countries.

Keywords: Demographic ageing, social inequality, worldwide perspective.

El aumento de la proporción de personas de edad avanzada (envejecimiento demográfico) parece haber sido el hecho que ha movido más resortes para que las Ciencias Sociales se ocuparan más extensamente de la ancianidad o la vejez, impulsadas por lo que parece ser «el problema del envejecimiento de la población» y no tanto desde una perspectiva urgida por otros conocimientos y teorías (San Román, 1990: 95). Como se ha sabido ver con claridad desde la perspectiva antropológica, la seguridad de la subsistencia y el envejecimiento demográfico (factores relacionados, a su vez, entre sí) se encuentran en la base del surgimiento y la extensión de las llamadas «políticas de vejez». Difícilmente una sociedad sin un cierto nivel de excedentes puede mantener a aquéllos de sus miembros que son físicamente débiles o improductivos (San Román, 1990: 112; Fericgla, 1992: 47).

Sin embargo, las sociedades ricas occidentales miran poco más allá de sus propias fronteras cuando califican como problemático el proceso de envejecimiento demográfico en que se encuentran inmersas. Un breve asomo a lo que está ocurriendo en zonas más pobres del planeta ayudará a ver con otros ojos lo que pasa en España, en Europa o en Norteamérica. Las desigualdades entre zonas del mundo se ponen de manifiesto también en este aspecto. Debe quedar claro que, mientras la mayoría de las discusiones en torno al problema del envejecimiento se centra en el mundo desarrollado, una transición demográfica paralela está ocurriendo en los países en desarrollo (Holden, 1996). Dentro de cada país, por otra parte, las consecuencias del envejecimiento son diferentes para unas y otras personas y grupos dependiendo, por ejemplo, de su condición socioeconómica.

Cuando se dice que cada vez hay más personas mayores, o que la población envejece, hay que entender que, en rigor, lo que se quiere decir es que cada vez hay más personas oficialmente consideradas como mayores, o que superan determinada edad. Esta matización no sería necesaria si un umbral cronológico tuviera, en términos medios, el mismo significado físico y social en todo momento y lugar. Está bastante claro que no es así. La condición económica y social de los estados, la tecnología (alimentaria y médica, por ejemplo), la organización de la producción y distribución de recursos, así como las especificaciones socioculturales, son elementos a tener en cuenta (Alfageme, 1999). Una determinada edad no significa lo mismo, por ejemplo y en términos medios, hoy que hace cincuenta años, en un país rico que en uno pobre, en unas determinadas condiciones sanitarias que en otras, etc. Parece claro, no obstante, que nos encontramos inmersos en un proceso real y significativo

de envejecimiento demográfico, en España, en Occidente y en todo el mundo.

Es evidente que una buena evaluación del alcance del proceso debe tener en cuenta una serie de interrogantes, muchos de los cuales escapan a los objetivos de este trabajo. En el caso de las sociedades ricas y con políticas sociales desarrolladas, las preguntas que podemos plantear son, entre otras, las siguientes: ¿qué implicaciones medias en cuanto a deterioro físico y psíquico va a tener en las próximas décadas, para mujeres y hombres, el alcance de los setenta, ochenta, noventa o más años de edad? ¿Cómo va a evolucionar el empleo cuantitativa y cualitativamente y, en general, la economía? ¿Qué efectividad tendrá el creciente poder político y la capacidad de presión o negociación por parte de las personas mayores como colectivo que viene siendo objeto de exclusión del mundo del trabajo remunerado? En el caso de las sociedades menos privilegiadas, los interrogantes principales podrían ser estos otros: ¿cuándo y hasta qué punto la atención a las consecuencias del envejecimiento de la población va a llegar a ser una prioridad para los estados? ¿Qué capacidades reales de planificación social y económica son probables a medio y largo plazo? ¿Qué posibilidades existen de que caminemos hacia un mundo más solidario, y hacia una sociedad global no sólo en el aspecto económico, sino también en cuestiones políticas y sociales? Se trata, probablemente, de algunos de los grandes retos que actualmente enfrentan las ciencias sociales.

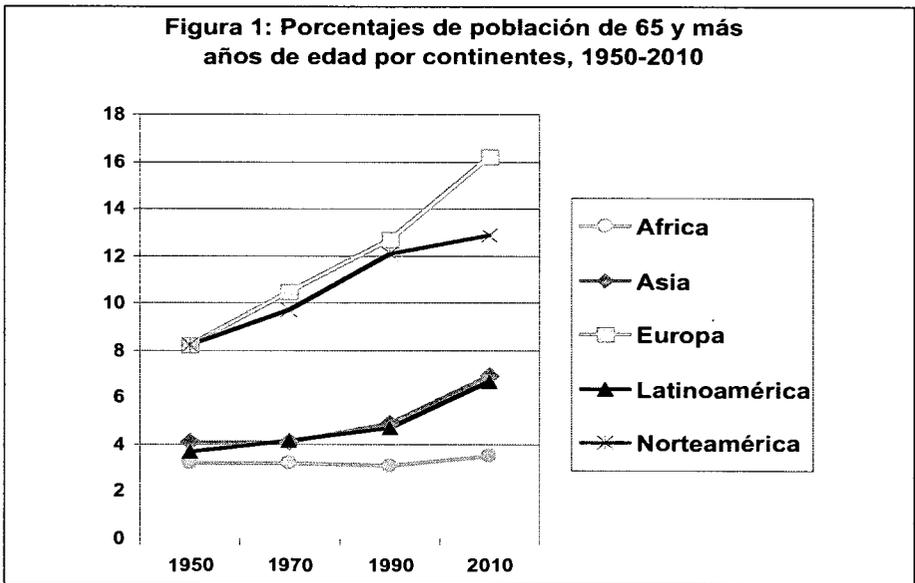
Desarrollamos a continuación algunos de los elementos a tener en cuenta de cara a una evaluación del significado y las consecuencias sociales del proceso que conocemos como envejecimiento demográfico. La estructura de edades de la población sólo es un elemento más, al que podemos añadir el estado de la técnica, la coyuntura económica, la distribución de recursos entre la población y la velocidad de los procesos de cambio social.

La estructura de edades de las poblaciones

La distribución por grupos de edad de distintas poblaciones refleja el tipo de desarrollo social y económico de sus sociedades, así como su posición estructural dentro del sistema económico mundial. Depende, por ejemplo, de la evolución de la fecundidad y de la esperanza de vida, lo que mantiene estrechas relaciones con elementos culturales y económicos. La demografía, en definitiva, es una perspectiva de análisis de las socie-

dades o, cuando menos, una herramienta muy útil para la comprensión de múltiples procesos.

El indicador más extendido para la medición del envejecimiento de la población es el porcentaje de personas que superan la edad de 65 años. Presentamos la evolución de este indicador, así como el de personas que superan la edad de 80 años, por continentes, durante las últimas décadas (figuras 1 y 2).¹



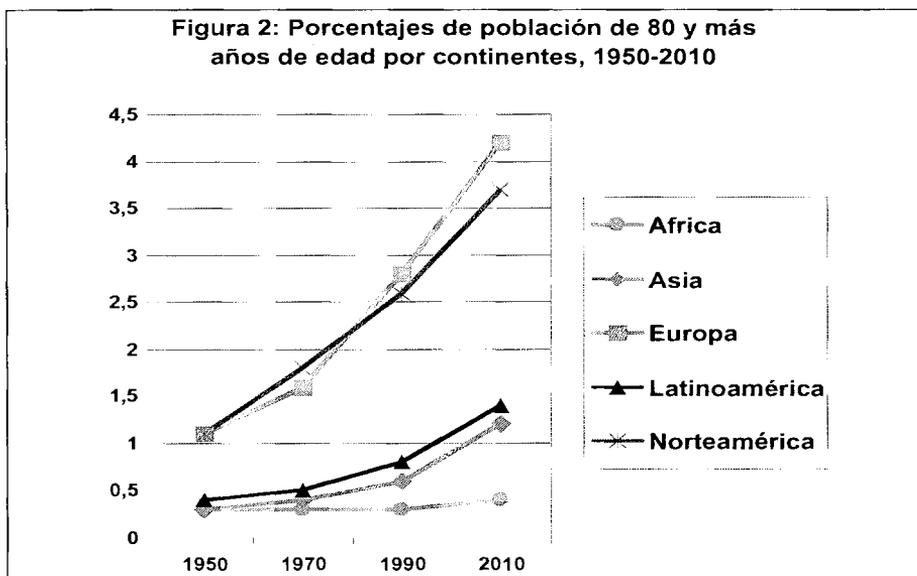
(Fuente: Naciones Unidas, elaboración propia)

Las sociedades más envejecidas, en términos demográficos, son, con diferencia, las europeas y las norteamericanas, merced a unas tasas de natalidad bajas (casi nunca superiores a 15 nacimientos anuales por cada 1.000 habitantes y, en ocasiones, inferiores a 10) y a una elevada esperanza de vida (muy cerca ya, en muchos países, de los 80 años, como veremos más adelante). En el otro extremo, las menores proporciones de personas de edad avanzada se dan en el continente africano, seguido por Latinoamérica y Asia que presentan porcentajes muy similares. La explicación demográfica, nuevamente, gira en torno al comportamiento de las tasas de natalidad y mortalidad. Así, en los países del África subsahariana,

¹ La misma fuente (Naciones Unidas) presenta proyecciones hasta el año 2050, a las que se puede acceder libremente a través de su página *web*. Excluimos del análisis el caso de Oceanía, por la escasa importancia cuantitativa de su población.

las tasas brutas de natalidad superan a menudo el 40 por mil, cifra que tiende a reducirse considerablemente en los países del norte del mismo continente, así como en Asia y Latinoamérica, donde la natalidad se sitúa generalmente entre los 15 y 25 nacimientos anuales por cada mil habitantes. Por su parte, la esperanza de vida al nacer es especialmente baja en la mayoría de los países del sur de África, situándose a menudo por debajo de los 50 años. Entre los demás países africanos, asiáticos y latinoamericanos, se dan variaciones notables, aunque casi siempre por debajo de las cifras europeas y norteamericanas.

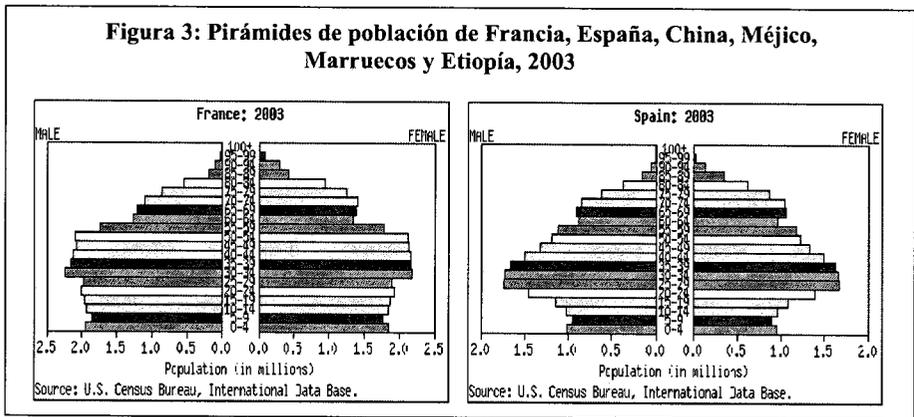
Son las mismas zonas (las más pobres y, especialmente, el África subsahariana), las que presentan tasas de fecundidad y mortalidad infantil más elevadas. Esta situación, sin embargo y desde hace ya décadas, no garantiza el mantenimiento del tamaño de la población ni su distribución por edades, es decir, no garantiza un cierto equilibrio demográfico, debido probablemente a las influencias externas sobre el desarrollo de estos países más pobres. Cambios en la esperanza de vida relacionados, por ejemplo, con la incorporación de recursos sanitarios desarrollados en otros lugares no llevan aparejados automáticamente cambios culturales que induzcan a las mujeres o a las parejas a tener menos hijos.



(Fuente: Naciones Unidas, elaboración propia)

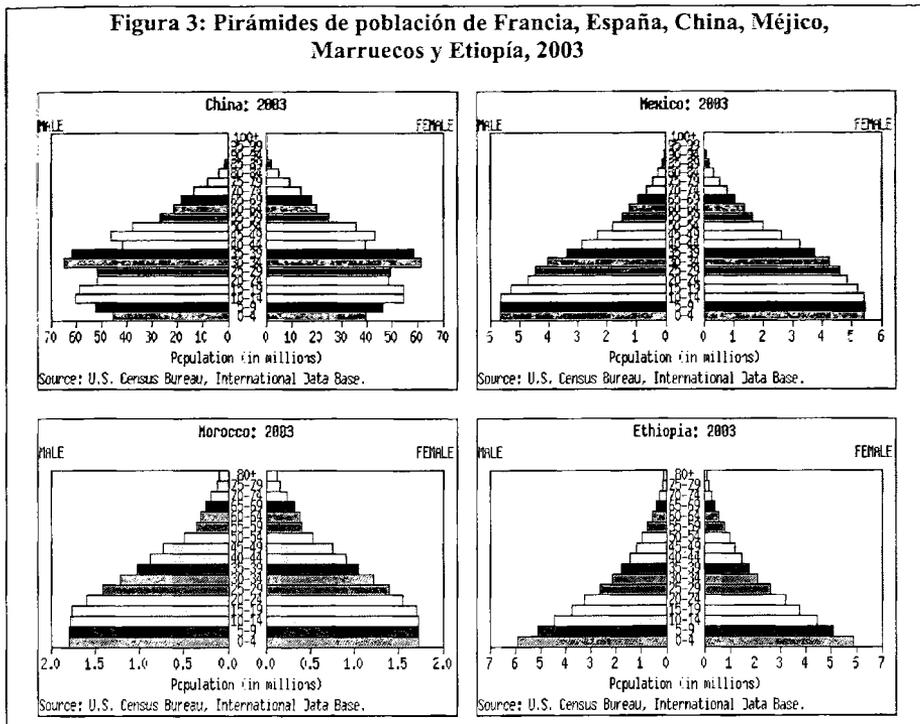
Observamos también que las diferencias entre continentes aumentan a un ritmo más rápido en el caso de los porcentajes de personas de 80 y más años de edad (Figura 2). De hecho, el envejecimiento demográfico actual en Europa y Norteamérica se debe principalmente al aumento de la esperanza de vida entre las personas de edad avanzada, lo que produce un envejecimiento por la cúspide de la pirámide de población. Se habla a menudo de una cuarta etapa de transición demográfica, o etapa de aplazamiento de las enfermedades degenerativas.

Algunos ejemplos de pirámides de población ilustran bien las grandes diferencias demográficas existentes entre distintas zonas del mundo (Figura 3).² Así, la pirámide correspondiente a Francia en 2003 ilustra el caso de una población con tasas de fecundidad bajas y estables, y la consecuente tendencia a la estabilidad. En el caso español, el *baby boom* característico de los años de esplendor económico es relativamente tardío e intenso con respecto a Francia, así como también lo es la posterior caída de la natalidad (reflejo del también tardío y veloz proceso de modernización español con respecto al resto de la vieja Europa). Ambos casos reflejan sociedades en proceso de envejecimiento avanzado y que se acentuará aún más en los próximos años, fenómeno típico hoy de los países ricos.



(Fuente: U.S. Census Bureau)

² La visión conjunta de estas pirámides de población podría sugerir, erróneamente en nuestra opinión, un proceso de cambio demográfico con respecto al cual, sencillamente, unos países se encuentran más avanzados que otros. La vieja teoría de la transición demográfica, que se lleva muy bien con las teorías de la modernización, responde a lo ocurrido en lugares y periodos históricos determinados que no tienen por qué reproducirse en otros. Las sociedades pobres o «poco desarrolladas» de hoy, por ejemplo, se encuentran inmersas en un panorama global de estratificación mundial que no tiene nada que ver con la situación de partida que experimentaron en el pasado las sociedades ricas o «desarrolladas» actuales.

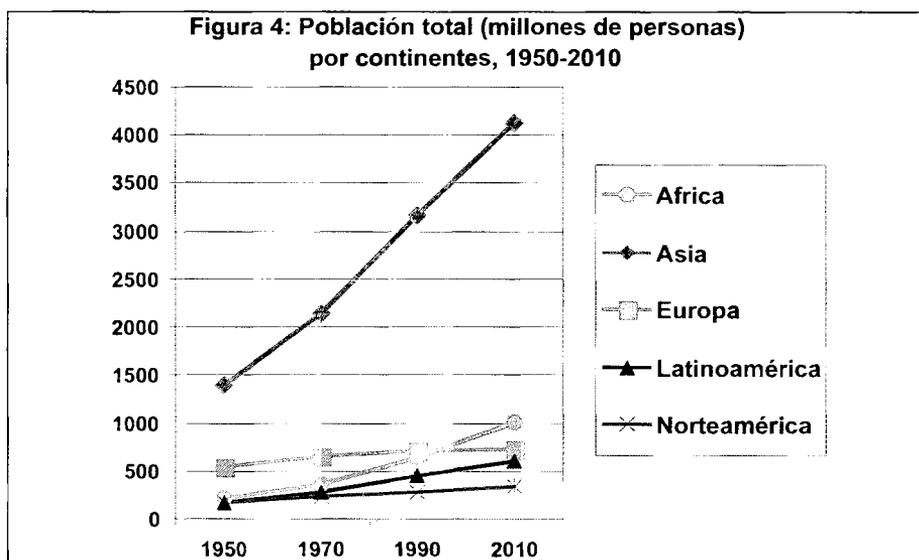


El caso de China siempre es reseñable por el gran tamaño de su población (cuestión que no se refleja a través de la forma de las pirámides), y es peculiar debido a las medidas excepcionales impuestas por su gobierno con el fin de controlar el crecimiento demográfico. El envejecimiento poblacional que se espera en China a lo largo de las próximas décadas no tiene parangón en ningún otro lugar del mundo, en tanto que la fecundidad se ha desplomado desde casi cinco hijos por mujer a principios de la década de los setenta, a menos de dos durante los noventa.

Las pirámides de población mejicana y marroquí corresponden a sociedades poco envejecidas en las que se vislumbra un descenso reciente de la fecundidad, aunque lejos de los niveles actuales característicos de los países ricos industrializados. En situaciones parecidas a éstas se encuentran bastantes países latinoamericanos, norteafricanos y asiáticos. Finalmente, Etiopía presenta una pirámide similar a la de la mayoría de los países del sur de África, muy ensanchada por la base, lo que revela una situación de rápido crecimiento de la población debido al elevado número de nacimientos, a pesar del también elevado número relativo de muertes. Es la forma más característica de los países pobres (del «sur» o de la

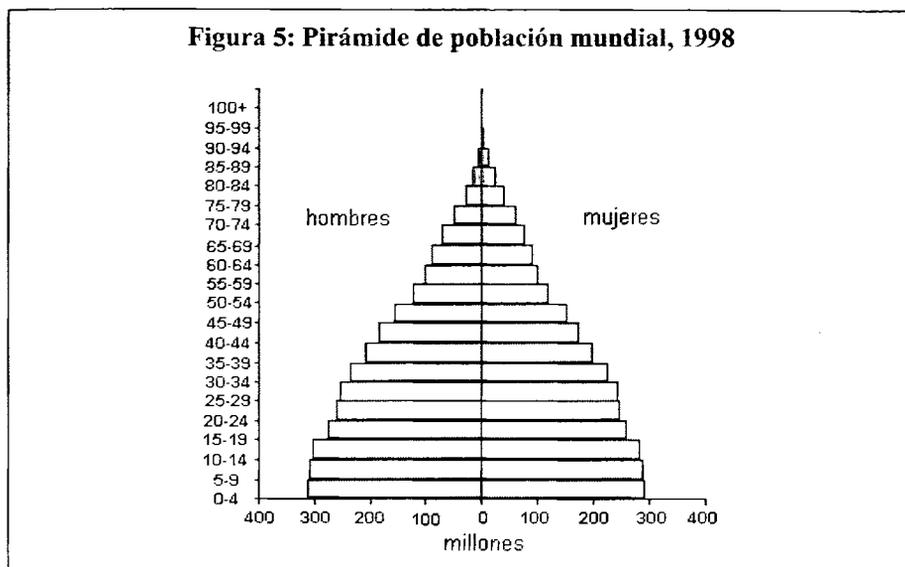
«periferia»), no industrializados y, generalmente, anclados en situaciones de endeudamiento y dependencia económica con respecto a los países ricos (del «norte» o del «centro»).

Sin embargo, para una evaluación del proceso de envejecimiento en el Mundo es necesario realizar otro tipo de consideraciones. Hasta ahora, hemos mostrado diferencias entre países y zonas del planeta, sin considerar el tamaño de las poblaciones y el crecimiento que vienen experimentando (figura 4).



(Fuente: Naciones Unidas, elaboración propia)

Veíamos más arriba que Europa y Norteamérica albergan las sociedades más envejecidas. Vemos ahora que sus poblaciones, sin embargo, están entre las menos numerosas del mundo y, además, son las que menos crecen (la población europea no crece y la norteamericana lo hace a un ritmo muy bajo). Aproximadamente, dos de cada tres habitantes del mundo son asiáticos (chinos o indios principalmente), y esta proporción sigue aumentando a pesar del control de la natalidad en China. No obstante, África es el continente cuya población aumenta con más rapidez. Como resultado de todo ello, la pirámide de población mundial mostraría, según estimaciones de Naciones Unidas, en 1998, un aspecto próximo al representado mediante la figura 5.



Parece, por tanto, que el mundo presenta una estructura de población relativamente joven y claramente creciente, aunque con una tendencia cada vez más generalizada hacia la reducción de la natalidad y, en consecuencia, hacia la estabilización y el envejecimiento. Todo parece indicar que, si bien la población mundial va a continuar aumentando durante muchos años, la esperanza de vida también va a continuar ampliándose y la fecundidad reduciéndose. Estos procesos vienen teniendo lugar en un marco general de grandes desigualdades entre distintas zonas del Mundo, a las cuales vamos a hacer mayor referencia a continuación.

La capacidad y la coyuntura económica, el estado de la técnica y la distribución de recursos entre la población

Hay relaciones evidentes entre los elementos que dan título a este apartado. Cuando hablamos del estado de la técnica, nos referimos especialmente, aunque no exclusivamente, a la tecnología médico-sanitaria. De momento y al margen de las desigualdades, progresos notables en este campo permiten alargar la vida de muchas personas, aunque no siempre en condiciones saludables de calidad de vida y autonomía personal. Resulta muy difícil prever lo que el progreso científico nos podría deparar en un futuro más o menos cercano. Se ha sugerido ya, por ejem-

plo, la posibilidad de llegar a ser inmortales, aunque no invulnerables (Harris, 2000).³

Lo que parece claro, en cualquier caso, es que a diferentes estados de la técnica corresponden diferentes modos de envejecimiento y, antes que eso, la posibilidad o no de envejecer. También es así, como decíamos, en otros ámbitos de la tecnología como la alimentación, por cuanto tiene mucho que ver con la salud, o cualesquiera otros avances tecnológicos que alteren las condiciones de trabajo en un sentido amplio (maquinaria industrial, equipamiento doméstico, etc.). Paradójicamente, por otro lado, nuevos avances tecnológicos generan nuevas desigualdades, en virtud del acceso diferencial a los nuevos recursos por parte de unas y otras personas, grupos o sociedades. Destacamos aquí la idea, expresada ya en múltiples foros, de que el desarrollo científico y tecnológico debería venir acompañado, cosa que no ocurre, por unos niveles adecuados de desarrollo social. En relación con el tema que nos ocupa, y si lo que se persigue es un progreso social generalizado, el conocimiento cada vez mayor de los mecanismos que rigen el proceso de envejecimiento debería correr paralelo al estudio de las consecuencias sociales potenciales de ese conocimiento. Al tiempo que se destinan recursos para la investigación de las bases del envejecimiento (como de cualesquiera otros procesos), es siempre urgente que se destinen otros recursos, igualmente punteros e innovadores, para luchar contra las desigualdades sociales y la pobreza.

Hay notable apoyo empírico a favor de la relevancia del factor socioeconómico de cara a la vejez y al envejecimiento. En España, los trabajos de Rodríguez y De Miguel (1990: 75-81) muestran el notable efecto de las diferencias en sexo, renta y condición socioeconómica sobre la morbilidad y la mortalidad. Por nuestra parte, hemos podido comprobar que las personas mayores que fueron y son más pobres (por razón de su nivel de instrucción y del importe de la pensión que perciben) han alcanzado un mayor grado de discapacidad física, dependencia para la realización de actividades cotidianas, aislamiento social y malestar psicológico, cualquiera que sea el subgrupo de edad con el que se opere (Alfageme, 2000).

³ A nosotros nos parece que lo contrario (llegar a ser invulnerables pero no inmortales) es bastante más razonable. De hecho, los avances científicos vienen permitiendo la posibilidad de que los seres vivos lleguen a ser invulnerables ante cada vez más agentes dañinos de todo tipo (desde el hambre o el frío hasta las enfermedades degenerativas, pasando por toda clase de accidentes, enfermedades infecciosas y trastornos genéticos), sin que tales progresos impliquen posibilidades razonables de inmortalidad.

Sanidad y pensiones acaparan actualmente la mayor parte de los presupuestos sociales de los Estados occidentales, por lo que la posición social de las personas de edad avanzada es especialmente sensible a los cambios económicos (desempleo, déficit público, etc.). Lo que no está claro, aunque se trate de una creencia muy extendida, es que el crecimiento de los gastos de protección a la vejez se relacione principalmente con el envejecimiento demográfico. Así, el análisis de Castells y Pérez Ortiz (1992: 42-44), sobre el caso español, muestra cómo las variables demográficas pasan a un segundo plano ante variables como el aumento del número de pensiones (por razones no demográficas) y el aumento de las prestaciones, variables que tienen mucho más que ver con decisiones políticas que con la presión demográfica. Y las decisiones políticas, obviamente, dependen en gran medida de la capacidad económica de los estados.

En las sociedades ricas europeas, con Estados fuertes y políticas sociales desarrolladas (aunque diferentes en ciertos aspectos), lo corriente es que la práctica totalidad de las personas mayores tenga derecho a la percepción de una pensión. Este privilegio –reseñable, sin duda– no está exento de consideraciones críticas. Hay muchas formas, por ejemplo, en que la política pública hacia las personas mayores termina siendo un mecanismo de control social (Rodríguez, 1994: 102). En opinión de Fericgla (1992: 69), la organización social rigurosa por edades naturales constituye el sistema principal de control colectivo por parte de quienes ejercen el poder, que pueden así organizar numéricamente la sociedad. Las políticas de jubilación en función de la edad, por ejemplo, son hoy, más que cualquier otra cosa, un instrumento de planificación en manos del poder económico y político. Rotundamente expresiva de ello es la política de jubilaciones anticipadas y prejubilaciones. Ésta es calificada habitualmente como una intromisión de las políticas de empleo en los sistemas de protección social, con resultados poco satisfactorios. No sólo no se ha creado empleo como cabía esperar, sino que ha funcionado más bien como un modo de abaratar los costes de despido (Castells y Pérez Ortiz, 1992: 71-78). Claramente, las personas más vulnerables en cuanto al retiro anticipado lo eran ya en cuanto al despido en su vida laboral anterior, lo que ha significado un peligro muy particular para las clases más bajas (Walker, 1980: 69-70).⁴

⁴ En la base de estas consideraciones se encuentra la teoría de la dependencia estructurada de las personas mayores (Townsend, 1981; Walker, 1980). Se propone que, sobre postulados erróneos, son las llamadas políticas de vejez (la jubilación por razón de la edad, principalmente) las que construyen una categoría social de individuos pasivos y esencialmente dependientes. La dependencia es atribuible en parte a la institucionalización del retiro, a unas expectativas culturales de limitación de la actividad y empobrecimiento, tanto como a un mayor riesgo de padecer enfermedades y discapacidades.

Paradójicamente, a medida que las condiciones de trabajo han ido mejorando y que las personas alcanzan edades avanzadas en buenas condiciones de salud, las tasas de empleo de las personas mayores se han venido reduciendo (Tabla 1). Se pone de manifiesto la intromisión de políticas de empleo en las políticas de jubilación.

Tabla 1: Tasas de empleo (%) de los trabajadores varones de 55 a 64 años de edad en varios países industrializados, entre 1971 y 1995

	1971	1975	1980	1985	1991	1995
España	83	77	71	59	56	48
Francia	73	67	65	47	42	39
Alemania	77	67	64	54	50	-
Países Bajos	79	70	61	44	42	41
Suecia	83	81	77	73	74	64
Reino Unido	83	82	74	59	61	56
Portugal	82	77	75	65	66	59
Estados Unidos	77	71	69	64	64	64
Japón	85	83	82	79	82	81

(Fuente: Bazo (1999))

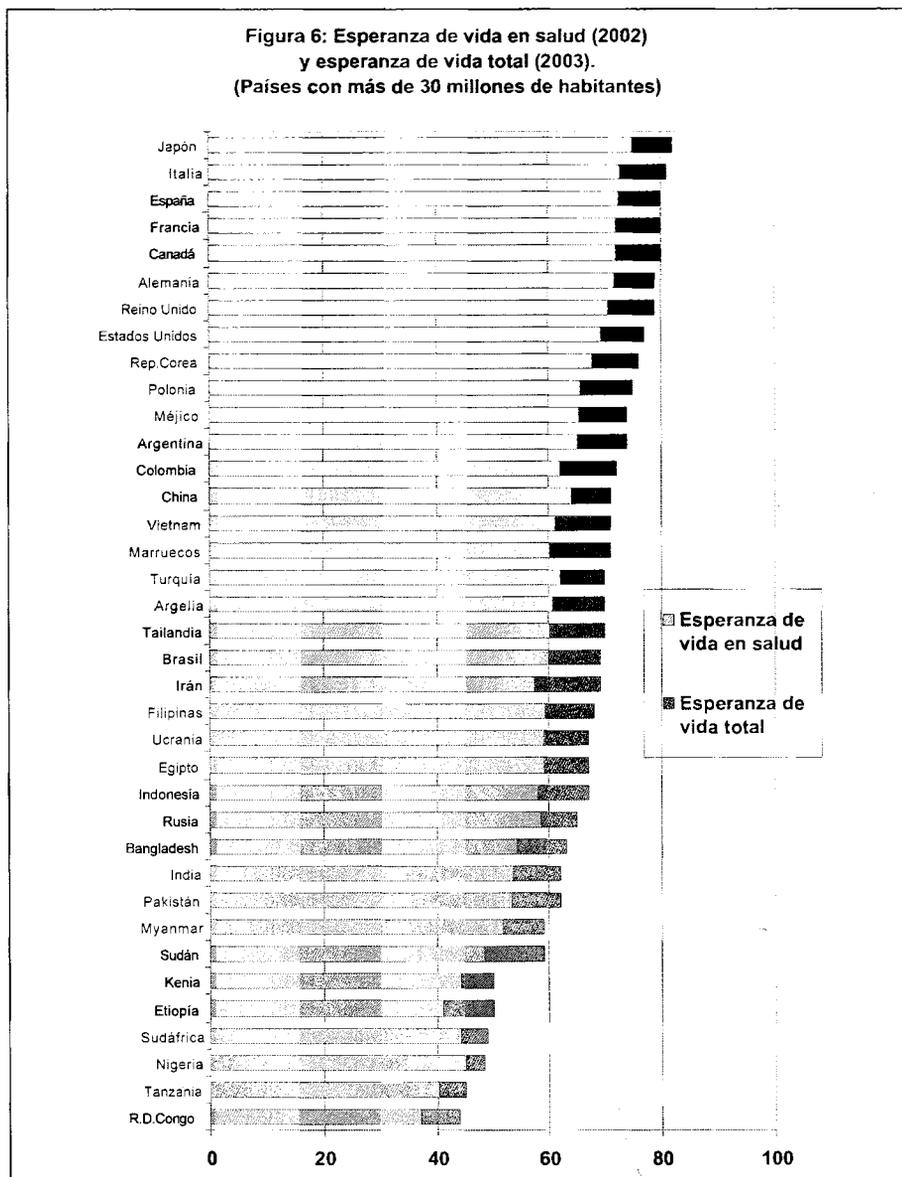
El caso español se encuentra claramente entre aquéllos en los que más se ha reducido la tasa de empleo de los trabajadores mayores, merced, seguramente, a los niveles especialmente elevados de desempleo que venimos experimentando en nuestro país. El caso japonés, por el contrario, apenas ha cambiado en este aspecto, probablemente, entre otras razones, porque allí el desempleo es mínimo. Parece claro, en Europa al menos, que las políticas de jubilación tienden a abandonar cualquier inspiración procedente de la gerontología social, y funcionan más bien como instrumentos de planificación económica.⁵

⁵ Siguiendo a Guillemard (1993: 63-69), esta política de «desempleo» implantada con respecto a los trabajadores de más edad hipoteca todos los esfuerzos emprendidos para actuar sobre el modo y los estilos de vida: el paso a la inactividad se convierte en brutal, difícilmente previsible y casi siempre impuesto. Acarrea una formidable erosión del derecho al trabajo, pues la nueva «flexibilidad» no indica una mayor capacidad de elección por parte de las y los trabajadores asalariados sino que obedece más que nunca a criterios funcionales (reflejo de la creciente influencia del mercado de trabajo y de las estrategias empresariales). Además, insiste Guillemard, la categoría social de la vejez y sus fronteras resultan redefinidas y los gastos sociales destinados a la vejez aumentan considerablemente.

Los sistemas de pensiones de los países desarrollados tienden a reproducir las desigualdades socioeconómicas previas a la edad establecida oficialmente para la jubilación, lo cual podría ser especialmente cierto en el caso de los Estados Unidos. Crystal y Shea (1990), por ejemplo, analizaron el impacto de los programas de seguridad social sobre la desigualdad económica en Estados Unidos tras la edad de retiro. Frente a una exageración de los efectos niveladores de los programas, defienden un modelo más realista de «acumulación de ventajas y desventajas» a lo largo de toda la vida. Sencillamente, tienen en cuenta una variedad de factores (ingresos de todo tipo, capital, salud, etc.) que determinan unas desigualdades en cuanto a bienestar que se ven perpetuadas por los sistemas de retiro. Los grupos de edad con los que se opera tienen una importancia muy relativa. Una conclusión de Johnson y Falkingham (1988), para el caso británico, es que la discusión acerca de un posible conflicto intergeneracional establece una falsa dicotomía, pues la desigualdad es mucho mayor en el interior de los grupos de la misma edad que entre grupos de distinta edad.

Por lo que respecta al caso español, parece claro que la protección social se ha universalizado a costa de reducir la intensidad protectora, reafirmando el carácter mixto (contributivo-no contributivo) del sistema de pensiones. La asistencialización de la protección social ha sido la forma en que se han universalizado los derechos sociales para los grupos más precarizados y menos favorecidos de la población española (Rodríguez Cabrero, 1994: 191; Campos Egozcue, 1996: 254). Esto significa, empleando unos términos acaso más claros, que la práctica totalidad de las personas acceden, más pronto o más tarde, al cobro de una pensión, pero el importe de ésta es, en muchísimos casos, ciertamente irrisorio.

Sin embargo, es evidente que las desigualdades y las carencias más relevantes son las que se ponen de manifiesto cuando nos asomamos a lo que está ocurriendo en zonas pobres del Planeta. La esperanza de vida al nacer es uno de los indicadores que mejor ilustran las desigualdades entre países en cuanto al desarrollo de sus políticas sanitarias y sociales y, lógicamente, en cuanto a salud y bienestar de sus poblaciones. Presentamos estos datos para los países más poblados del mundo (figura 6).



(Fuente: Organización Mundial de la Salud, elaboración propia)

Con la excepción de Japón (país del mundo con esperanza de vida más alta), y como era de esperar, son los países norteamericanos y sobre todo los de la vieja Europa los que presentan datos más favorables, tanto en el caso de la esperanza de vida total como de la esperanza de vida en salud.

Esto significa que pequeñas mejoras en la renta de los países más pobres (hablamos sobre todo de países africanos) suponen grandes mejoras en la esperanza de vida, lo que trae consigo un envejecimiento demográfico significativo de sus poblaciones. En Europa, sin embargo, no parece que una mayor ampliación de la esperanza de vida pueda relacionarse ya con incrementos en la renta sino, de producirse, con nuevos avances en cuanto a tecnología médico-sanitaria.

La India es un buen ejemplo de país superpoblado, con mucha pobreza, y donde los programas de seguridad social sólo cubren a una minoría de la población. Méjico quizá sea ejemplo especialmente ilustrativo de todos aquellos países, latinoamericanos y africanos principalmente, que albergan grandes desigualdades internas, y en los que el aumento de enfermedades crónicas, de tipo degenerativo y características de la vejez, se suma a una abultada persistencia de enfermedades infecciosas. Allí, la pobreza y la desatención de las personas mayores no se convierte automáticamente en un problema prioritario. La extensión del sida en África sólo es una de las manifestaciones más actuales y dramáticas de unas condiciones de vida bajo las cuales la atención al envejecimiento es casi una utopía.

La estructura de la población, en definitiva, guarda relación con las desigualdades sociales y la pobreza. Parece que en Latinoamérica y África las desigualdades son más grandes que en los países del este y del sur de Asia. Probablemente, en general, el desarrollo económico asiático es mucho más uniforme que en Latinoamérica, mientras que en la mayor parte del África subsahariana, simplemente, no existe desarrollo económico y, en consecuencia, las perspectivas de futuro son especialmente inciertas (Kerbo, 2004: 360-67).

La velocidad de los procesos de cambio social

Nos referimos ahora al origen del llamado bache generacional, en virtud del cual la población de más edad queda desfasada en muchos aspectos de las generaciones más jóvenes. En clara sintonía con el enfoque generacional del envejecimiento,⁶ se ha propuesto, incluso, que es posible llegar a gene-

⁶ Desde esta perspectiva, se colocan en primer plano los efectos de cohorte, los periodos históricos vividos por cada grupo de edad y el fenómeno de la estratificación social por edades. Como resume Sánchez Vera (1997), ésta es una más de las razones por las que el proceso de envejecimiento no es inmutable ni está fijado, sino que cambia a lo largo de las distintas cohortes, y dentro de cada cohorte a medida que cambia la sociedad. Se transforma la sociedad en todas sus facetas y, a lo largo del proceso, los individuos envejecen de modo diferente.

realizar en cuanto a la desventaja social y el riesgo de marginación social que implica la edad avanzada. Se ha presentado, por ejemplo, la hipótesis de que las diferencias entre cohortes de edad están parcialmente determinadas por el momento de desarrollo económico y social que le ha tocado vivir a cada cohorte en una misma sociedad. En este contexto, la posibilidad de mejora de la calidad de vida llega tarde para el grupo de edad anciano, lo que da lugar a un desfase entre generaciones (San Román, 1990: 199).

En cuanto a las sociedades ricas, se ha defendido con razones de peso que muchas personas mayores –y ya, sobre todo, muy mayores– de nuestro tiempo constituyen un colectivo especialmente maltratado por los avatares de la historia, más aún en España, donde el proceso de modernización ha sido relativamente tardío y veloz. Decía Gil Calvo (1992: 212-215), por ejemplo, que muchos de nuestros mayores son «premodernos» en una sociedad bruscamente modernizada, lo que les convierte en víctimas de una «injusticia histórica del azar» generadora de desigualdades que alguna clase de mecanismo público debería compensar. Recordemos que, aunque la información de unas y otras fuentes resulta a veces contradictoria, la mitad, aproximadamente, de las personas mayores españolas de nuestro tiempo no ha recibido ninguna educación formal completa equivalente a lo que ahora denominados «enseñanza primaria». Las diferencias en cuanto a estudios formales son muy grandes en función de la edad de las personas. El analfabetismo, y en mayor medida el carecer de estudios primarios, son situaciones corrientes entre las personas mayores españolas de nuestro tiempo (tabla 2).

Tabla 2: Nivel de instrucción de las personas mayores de 65 años en España (1981, 1991 Y 2001). Porcentajes verticales.			
	1981	1991	2001
Analfabetos/as	21.4	10.7	8.1
Sin estudios (leer y escribir)	33.2	47.4	36.2
Educación básica (1er grado)	37.5	32.1	36.5
Bachiller o equiv. (2º grado)	3.9	6.8	15.6
Universidad (3er grado)	4.0	3.0	3.6

(Fuente: INE, Censos de Población y Viviendas)

En el mundo, sin embargo, las diferencias más espectaculares entre distintas generaciones son seguramente las que muestran algunos países de

Extremo Oriente (concretamente, Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur), que han experimentado un proceso de industrialización extraordinariamente veloz.⁷ En estos lugares, actualmente, es corriente encontrar que más de la mitad de las personas mayores son analfabetas, mientras la práctica totalidad de las niñas y niños crecen escolarizados en las ciudades, como lo hacen en Europa y en Norteamérica. En el otro extremo, allí donde los estudios formales no llegan a proporciones elevadas de la población, el saber de las personas mayores puede ser más valorado (que no siempre lo es), y es más normal que mantengan posiciones sociales privilegiadas dentro de sus comunidades. En países del sur de África, las tasas de escolarización en educación primaria rondan o están por debajo del 50 por ciento.⁸

Efectos de las migraciones económicas

Está claro que los procesos migratorios producen efectos sobre la estructura de las poblaciones tanto de los países emisores como de los receptores. Sin embargo, estos efectos son bien diferentes en ambos casos. Las migraciones económicas son las que se producen desde los países pobres hacia los ricos, protagonizadas por personas que esperan mejorar su nivel de vida y el de sus familias. Se producen generalmente sin planificación pertinente por parte de los estados, y de forma oculta o irregular muy a menudo. Se trata, por tanto, de un fenómeno difícil de valorar. Algo muy diferente podría ocurrir si los estados de los países ricos y pobres planificaran conjuntamente los movimientos de población. Para ello, por una parte, el asunto tendría que entrar plenamente en las agendas políticas y, por otra, el capital tendría seguramente que hacer concesiones en su búsqueda incesante del máximo beneficio. Ambas cuestiones se nos antojan difíciles. Las políticas de los países ricos, y su ciudadanía, miran excesivamente hacia dentro. Las élites capitalistas, por su parte, encuentran ventajas notables manejando la situación actual.

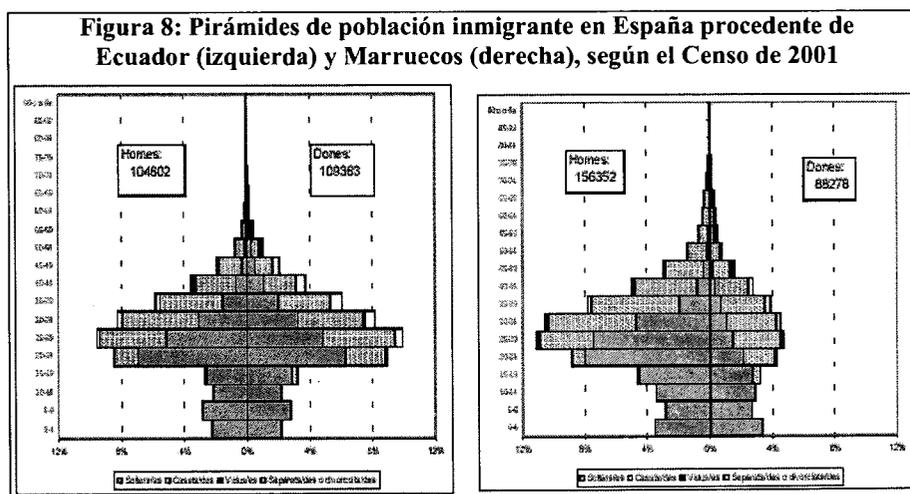
La consideración del contexto histórico internacional es indispensable para comprender que la inmigración económica no es nunca, en sí misma,

⁷ El modelo de desarrollo ocurrido en estos países ha llamado la atención de las y los analistas, por su espectacular éxito relativo con respecto a lo acaecido en otros lugares (en Latinoamérica y, sobre todo, en África). Las explicaciones consideran elementos culturales pero, sobre todo, encuentran una relación clara y directa del éxito con la presencia en aquellos países de un estado fuerte desde el inicio del proceso (Kerbo, 2004: 385-87).

⁸ Pueden consultarse datos sobre tasas de alfabetización de personas adultas y tasas de escolarización de los niños y niñas en la página web de la UNESCO, aunque faltan datos referentes a bastantes países.

«el» asunto (Colectivo IOE, 2002). Los procesos migratorios tienen lugar en un contexto de grandes desigualdades económicas entre naciones y zonas del Mundo. La globalización económica no reduce sino que, más bien, acentúa las viejas desigualdades norte-sur o, si se prefiere, entre países ricos y pobres. El capital y las mercancías circulan por todo el planeta, en busca de mayores beneficios, con mucha mayor facilidad que las personas en busca de trabajo. Las ventajas del capital sobre el trabajo, a escala global, se han multiplicado a lo largo de las últimas décadas.

Con independencia de las consideraciones anteriores, las migraciones económicas rejuvenecen la estructura de las poblaciones de los países receptores, puesto que llegan generalmente personas adultas jóvenes, con hijas e hijos o en edad de tenerlos. En muchos países, entre ellos España, la natalidad tiende a recuperarse, en parte al menos, gracias a la inmigración. Esto se comprende bien, por ejemplo, al observar las pirámides de población inmigrante procedente de Ecuador y de Marruecos (Figura 8). En ambos casos, la mayoría de las y los inmigrantes tienen una edad comprendida entre los 20 y los 40 años. En el caso de Marruecos, como ocurre en el de otros países africanos, se observa una presencia mayoritaria clara de hombres, mientras que de Ecuador y, en general, de Latinoamérica y del resto de zonas, acuden tanto hombres como mujeres en proporciones parecidas. Las mujeres inmigrantes suelen encontrar empleo en el ámbito doméstico, mientras que los hombres lo hacen en otros trabajos, poco cualificados en general. Lógicamente, la presencia de inmigrantes económicos se percibe sobre todo en los ámbitos laboral y escolar.



(Fuente: Domingo (2004))

Para los países receptores, todo parece resultar ventajoso. Las empresas y los/as particulares encuentran mano de obra relativamente barata para trabajos que la mayoría de la población autóctona no quiere realizar. La población, a su vez, rejuvenece, y no faltan voces que ven en las migraciones hacia Europa una de las vías para asegurar el mantenimiento de los sistemas de pensiones a lo largo del siglo XXI. Los problemas derivan de la aparición de brotes de xenofobia y racismo, relacionados también, al menos en parte, con una falta de planificación e información adecuadas a todos los niveles (trabajo, escuela, relaciones sociales), cuestión en la que no nos detenemos aquí.

Para los países emisores, sin embargo, no existen ventajas claras. El beneficio, cuando la gente llega con vida al país receptor y encuentra trabajo, lo obtienen con mucha más claridad las personas que lo consiguen que sus países de origen. En primer lugar y en el caso, por ejemplo, de España, los países emisores no son los más pobres. Así, la mayoría de las y los inmigrantes proceden del norte de África (Marruecos principalmente) y Latinoamérica, algunos de Asia y cada vez más de la Europa del Este. Pero pocas personas proceden, por ejemplo, del sur de África, la zona más pobre del mundo. Por otra parte, sería preciso conocer qué personas de los países emisores consiguen salir puesto que, en parte al menos, es una cuestión de recursos. Difícilmente, en definitiva, se puede afirmar que las migraciones económicas, tal como se vienen produciendo actualmente, puedan alterar significativamente la situación económica de los países pobres, ni tampoco su estructura demográfica.

A modo de conclusión, destacamos la idea de que los procesos de envejecimiento y cambio poblacional y sus consecuencias no son una simple cuestión de cifras de población por edades. Tampoco se puede afirmar que la situación de unos y otros países y zonas del mundo responda a un proceso de cambio con respecto al cual, sencillamente, unas sociedades se encuentran más avanzadas que otras. Lo que ocurre en realidad es que los diferentes países se relacionan dentro de un panorama general objetivo de desigualdades estructurales y dependencia económica. Los indicadores demográficos reflejan procesos sociales, en los que múltiples desigualdades sociales son relevantes. Las consecuencias más negativas suelen recaer sobre los sectores sociales menos favorecidos, tanto a escala mundial como dentro de cada país o sociedad.

Bibliografía

- ALFAGEME, A. (1999): «Envejecimiento y desigualdad social», *Revista Internacional de Sociología (RIS)*, 24, 121-135.
- (2000): «Algunas desigualdades en el envejecer de los ancianos españoles de los años noventa», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 92, 93-112.
- BANCO MUNDIAL (www.bancomundial.org).
- BAZO, MT. (1999): *Los mayores en Europa*, Caja Madrid.
- CAMPOS EGOZCUE, B. (1996): «La construcción de una política social de vejez en España», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 73, 239-263.
- CASTELLS, M. Y PÉREZ ORTIZ, L. (1992): *Análisis de las políticas de vejez en España en el contexto europeo*, Inerser, Madrid.
- COLECTIVO IOE (2002): *Inmigración, escuela y mercado de trabajo. Una radiografía actualizada*, Fundación La Caixa, Barcelona.
- CRYSTAL, S. Y D. SHEA (1990): «Cumulative Advantage, Cumulative Disadvantage, and Inequality Among Elderly People», *The Gerontologist*, Vol. 30, 4, 437-443.
- DOMINGO, A. (2004): *La immigració actual a Espanya. Aspectes demogràfics*, Centre d'Estudis Demogràfics (www.ced.uab.es).
- EUMED.NET (grupo de investigación), Universidad de Málaga (www.eumed.net).
- FERICGLA, JM. (1992): *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*, Anthropos, Barcelona.
- GIL CALVO, E. (1992): «La emancipación de los ancianos», en VV. AA., *Política social y estado del bienestar*, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.
- GUILLEMARD, AM. (1993): «Perspectivas europeas sobre las políticas de vejez», en L. MORENO (comp.): *Intercambio social y desarrollo del bienestar*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- HARRIS, J. (2000): «Intimations of Immortality», *Essays on Science and Society, Science*, 288, 59.
- HOLDEN, C. (1996): «New Populations of Old Add To Poor Nations' Burdens», en KELNER, KL. Y J. MARX (eds.): *Patterns of Aging, Science*, Vol. 273, 46-48.
- INE, *Censos de Población y Viviendas* 1981, 1991, 2001.
- JOHNSON, P. Y J. FALKINGHAM (1988): «Intergenerational Transfers and Public Expenditure on the Elderly in Modern Britain», *Ageing and Society*, 8, 129-146.
- KERBO, HR. (2004): *Estratificación social y desigualdad. El conflicto de clase*

- en perspectiva histórica, comparada y global*, McGraw-Hill, Madrid.
- NACIONES UNIDAS (www.un.org).
- ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD (www.who.int).
- RODRÍGUEZ, JA. Y MIGUEL, JM. DE (1990): *Salud y poder*, CIS - Siglo XXI, Madrid.
- RODRÍGUEZ, JA. (1994): *Envejecimiento y familia*, CIS - Siglo XXI, Madrid.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G. (1994): «La política social en España: 1980-1992», *Documentación Social*, 96, Cáritas Española, Madrid.
- SAN ROMÁN, T. (1990): *Vejez y cultura*, Fundación Caja de Pensiones, Barcelona.
- SÁNCHEZ VERA, P. (1997): «Dimensiones del envejecimiento», *Cuadernos de Realidades Sociales*, 49.150, Instituto de Sociología Aplicada de Madrid.
- TOWNSEND, P. (1981): «The structured dependency of the elderly: a creation of social policy in the twentieth century», *Ageing and Society*, 1(1), 5-28.
- UNESCO (www.unesco.org)
- US. CENSUS BUREAU (www.census.gov).
- WALKER, A. (1980): «The Social Creation of Poverty and Dependency in Old Age», *Journal of Social Policy*, 9, 1, 49-75.